

NEW LEFT REVIEW 107

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2017

	EDITORIAL	
DANIEL FINN	Las cloacas de Erdoğan	7
	ARTÍCULOS	
CENGIZ GUNES	La nueva izquierda de Turquía	13
RÉGIS DEBRAY	Civilización, una gramática	37
	MEMORIAS	
ROBERTO SCHWARZ	Antonio Candido, 1918-2017	51
CHARNVIT KASETSIRI	Ben Anderson, 1936-2015	61
	ARTÍCULOS	
LEONARDO IMPETT Y FRANCO MORETTI	<i>Totentanz</i>	73
REBECCA LOSSIN	Contra la biblioteca universal	105
	CRÍTICA	
THOMAS MEANEY	Miedo a una Europa latina	123
DAVID BRODER	<i>Ex oriente lux</i>	139
ESTHER LESLIE	El gabinete de Kracauer	159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CIVILIZACIÓN, UNA GRAMÁTICA

Huella, influencia, imperio

Civilización: una palabra que canta y es cantada en toda clase de escenarios. Una errante hada que se evapora en una iridiscente nebulosa. ¿Por qué deberíamos volver a considerarla? Porque no hay tiempo que perder y la vaporosa, etérea y cambiante palabra está encubriendo una realidad que no podría ser más apremiante o más concreta.

● QUÉ ES UNA civilización? Una breve mirada a la desaparición de la nuestra puede ayudarnos a entender esta vieja cuestión. ¿Cuándo llegó Europa a su final como civilización? En el breve periodo que, simbólicamente, empieza en 1919 y concluye en 1996, es decir entre dos importantes publicaciones, dos referentes: *La crise de l'esprit*, del francés Paul Valéry, y *The Clash of Civilizations*, del estadounidense Samuel Huntington. La diferencia –el enorme abismo– de perspectivas entre estos dos observadores en las mismas murallas pone de relieve algo más que un cambio de paradigma: es una revolución astronómica. Entre estas dos fechas, la tierra y el sol intercambiaron lugares. Desde la CIA al rap, desde *House of Cards* a *The Apprentice*, la civilización estadounidense ha impregnado asombrosamente las culturas nacionales de todo el planeta. Pero lo que sigue no es, ciertamente, ninguna jeremiada. Más bien ofrece una serie de arabescos del mundo contemporáneo que vinculan los pequeños hechos de la vida cotidiana con la larga historia de las culturas, los imperios y las civilizaciones y con la particular gramática de las civilizaciones: rastreando las transferencias de poder entre tres términos clave –*empire* (imperio), *emprise* (impresión

o influencia) y *empreinte* (impronta, marca o huella)– pero empezando por el final de la historia, por seguir las huellas¹.

Sin embargo, primero una advertencia: la utilización de la palabra América en singular y sin adjetivo puede sorprender al lector. En las consignas «Dios bendiga a América» o «Hacer grande a América otra vez», la parte se toma por el todo. En América Latina hablan con más exactitud de las Américas. «América» fue el nombre bautismal dado en 1507 por el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller en Saint-Dié-des-Vosges, basado en el viaje del italiano Amerigo Vespucci solamente a la parte sur del hemisferio occidental. El simbólico acaparamiento de sus dos continentes por la América angloparlante y protestante, ignorando a las lenguas románicas y a las tradiciones católicas del resto del Nuevo Mundo, ha expresado desde entonces la relación de fuerzas entre ellas. En el texto que sigue, la palabra no designa tanto un Estado y un territorio como una cierta forma de civilización.

Huellas

Paul Valéry no quería que perdiéramos demasiado tiempo definiendo estas vagas entidades que él sabía eran mortales. Concedámosle que es más fácil identificar, a una cierta distancia por lo menos, a un salvaje que a una persona civilizada. El primero tiene la piel roja, una pluma atravesándole la nariz, pendientes; el segundo es más elusivo. Una definición más seria tiene que estipular un periodo delimitado de tiempo (deteniendo el contador) y una limitada extensión de espacio (un «aquí» y no más lejos). Sin embargo, la característica diferenciadora de una civilización viva es su capacidad metabólica: se transforma a sí misma a medida que absorbe y estimula a otras. Aquellos que la consideran algo fijo solamente momifican una entidad que en realidad se alimenta de préstamos e intercambios. Una civilización también significa ventanas y ventiladores, misioneros y mercaderes. Marco Polo, al emprender la Ruta de la Seda, llevó un soplo de aire italiano al Imperio Mongol, y un poco del aire de Asia a los *intra muros* de Pisa. El peón mexicano escala los seis metros de la valla y aprende inglés; la Costa Oeste debe empezar de nuevo a aprender español. Aquí, respirar es mezclarse. Los aislamientos son abstracciones y quienes se aíslan no se hacen ningún

¹ Este ensayo está sacado de *Civilisation. Comment nous sommes devenus américaines*, Gallimard, 2017, próximamente editado por Verso

favor a sí mismos. «No perteneces a esto, lárgate» equivale a «déjame que decaiga en la seguridad de mi agujero».

Sin embargo, también debemos admitir que incluso si somos reacios a dibujar sus contornos demasiado exactamente, las civilizaciones lo hacen por nosotros excluyéndose entre sí, de forma abierta o encubierta. Se mezclan, pero también se desgastan. De la fricción entre ellas, agravada por la migración, viene el eczema. Aquí y allá, enfrentados a la cuestión de los refugiados, surgen demandas que no piden fronteras sino lo contrario: barreras de cemento, si es que no de alambre de espino. El sedentario no quiere al nómada; el blanco-anglosajón-protestante no quiere al chicano; el turco al armenio o al griego, etcétera. Hay un largo camino desde la globalización hasta el «felices para siempre». Es cierto que todo es nómada, todo está entrelazado y todo es difuso. Pero no todo puede ir a todas partes. La prueba del pastel está en comerse lo y la prueba de las civilizaciones es que no digieren cualquier cosa. Braudel señala que las civilizaciones tienen invisibles puestos aduaneros, sistemas de filtración sin filtros. De ninguna manera se requiere ningún decreto de excomunión o ninguna orden de deportación debido a la espontaneidad con que la alergia hace su trabajo. Las penínsulas ibérica e italiana no dejaron entrar a la Reforma. La Persia chiita bloqueó las incursiones suníes, árabes u otomanas. El marxismo no pudo injertarse en el mundo anglosajón, con la excepción de unos pocos enclaves académicos. Después de dos siglos de ocupación anglicana, los cristianos suponen un mero 2 por 100 de la población actual de India. Con la excepción de los católicos de la iglesia siro-malabar de Kerala, el hinduismo se mantuvo firme y el Evangelio no tuvo impacto sobre los Vedas. El hindi no ha sido derrotado por el inglés e India conservará su singularidad mientras siga siendo plural, con sus veintitrés lenguas oficiales y alrededor de quinientos dialectos. El «modo de vida americano» puede haber cubierto el cuerpo de la Madre India con un manto de centros comerciales y pantallas, bares y vídeos musicales, carreteras de circunvalación y comida rápida, pero no le resultará fácil abolir lo que equivale al alma de este rompeolas de humanidad: la maravilla ante el cosmos, las risas ante la broma que es la vida y que hace que la muerte, para cada individuo, sea una coma, no un punto y final. A pesar del mercado global y el consumismo, India conserva alguna posibilidad de seguir siendo una civilización en vez de convertirse en una simple cultura popular entre otras.

«Concrete» [hormigón] viene del latín *concretus*, que significa sólido, consistente, grueso, y del verbo *concrecere*, solidificar lentamente uniendo elementos dispares, argamasa o piedras. El hormigón es complicado y lo complicado desalentador. Los híbridos producidos por una *mélange* de épocas no tienen buena prensa; los linajes mezclados de tiempos pasados ofenden a los portadores de gloriosos títulos a los que les gusta asumir fronteras claras y pureza de origen, aunque ellos mismos sean confluencias. Los Soldados de Cristo Rey probablemente hagan muecas si se les dice que el cristianismo es una religión oriental de tez oscura, o que el islam fue el que les introdujo en el legado de Aristóteles del que se sienten tan orgullosos y que los musulmanes habían recibido de traductores siriacos cristianos de Bagdad. *Ex oriente lux*. Del propio pueblo judío, al que debemos tanto pero que a su vez debe mucho a Mesopotamia, que nos dio la escritura y al Creador, se puede decir que nació en Egipto, adquirió su identidad en Babilonia y escribió su historia en Alejandría. Un linaje ancestral requiere una línea más derecha. Y qué decir de la mezcla que arrastra nuestro Papá Noel, con su capucha y su barba blanca, cuya efigie fue quemada por pagana por un obispo en el patio de la catedral de Dijon el 25 de diciembre de 1951, como le podían haber quemado en persona. Santa Claus llegó desde América a lo grande, pero ya estaba aquí mucho tiempo atrás en Escandinavia, y aún más atrás en las Saturnales romanas, y todavía más en cultos prehistóricos como los que rodean al muérdago de los druidas. ¡Cuántos afluentes para un pequeño árbol de navidad!

Y ¡cuántas vueltas para una orgullosa y pura «civilización cristiana»! Desde el principio, tres sedimentaciones. Al comienzo, un ritual judío practicado por Josué, más tarde llamado Jesús, concretamente la lectura en una sinagoga de un pasaje de las Escrituras al que se da una interpretación contemporánea durante una homilía del *sabbat*. Después, en el siglo II, un movimiento filosófico que integra esta disidencia judaica dentro de la esfera del helenismo, en el lenguaje y las categorías griegas. A continuación la tercera etapa en el siglo III, la incorporación de esta teología al lenguaje y la ley de Roma, lo que le permite convertirse en candidato para suceder a la «civilización romana». Este proceso de crecimiento mediante la transposición, que generó semejante amalgama ganadora, no fue obstáculo para que se negaran las deudas contraídas, blanqueado los colores, anexionando a los acreedores y presentando un falso certificado de nacimiento, todo parte del trabajo del yo sobre la individualidad. Si no transfigurara su historia en leyenda con preciosas mentiras y

fabricara exagerados e improbables héroes fundadores –la diosa japonesa Amaterasu, Eneas o Vercingetorix–, una civilización no sería un lugar de pertenencia, un hogar, sino una academia de las ciencias.

¿De dónde viene la nebulosa que nos hace ser cautos respecto a ella? Estas nebulosas no se ven a simple vista. Son redes con tenues hilos, como una conciencia colectiva todavía más compartida por no ser consciente; a diferencia de una alianza militar o de una confederación política, un sistema sin ninguna parte; una entidad no vista, global, un *ethos* sin ética, una hermandad sin hermanos. Las civilizaciones poseen una persistencia que puede endurecerse más allá de las expectativas, cuando un cuerpo extraño las ataca desde fuera (obsérvense las reacciones actuales árabe-islámica u ortodoxa-eslava) y suavizarse más allá de lo imaginable cuando se rompe desde dentro (chiíes y suníes, rusos y ucranianos). Lo que insiste, persiste y *se niega a firmar*, es una criatura a la que le importa un bledo nuestro apego a los derechos de autor. La continua acción de lo que ha dejado de existir –la cristiandad, la dinastía Ming, el Imperio otomano– es una ofensa para el sentido común. Hay algo en la misma idea de una civilización que es una afrenta para una mente con visión de futuro, emancipada; como si fuera un pensamiento inmaduro equivocadamente modelado en escayola, un impedimento a la libertad del consumidor o alguna otra piedra de molino.

Lo peor es que esto es una conspiración sin conspirador. Es imposible gritar «Muerte a Carlomagno», que nos involucró con Bizancio, la segunda Roma y así finalmente con Moscú, la tercera, sobre una controversia completamente estrafalaria (el Espíritu Santo, ¿procede del Padre o del Padre y el Hijo?), ¿«¡Abajo Mahoma!»», el beduino que vino a masacrar a nuestros hijos y sacerdotes? O ¿«¡Maldito Confucio!»», que hizo que China nos fuera incomprensible si no impenetrable? Semejantes estallidos tienen escasos efectos. Entendemos que esta bola y cadena a menudo se ha juzgado como reaccionaria o fatalista. Sin embargo, aquellos que harían tabla rasa de la civilización regularmente se rompen los dientes con esta cosa que no es una cosa; elusiva, dura y obstinada.

Robespierre y Lenin podían haber redoblado sus esfuerzos sin que su activismo cambiara el lenguaje o el clima, la dieta nacional o la familia modal; realmente todo aquello que el paso desde el caballo hasta el tren de alta velocidad, desde el ábaco al ordenador, desde el capitalismo al socialismo y vuelta, ha dejado fundamentalmente inalterado. El ruso

soviético nunca dijo adiós a San Sergio o al *borscht*, igual que un francés que aborreciera a los curas tampoco lo hizo a la división del mes lunar en cuatro semanas, una herencia bíblica, o a la de la hora en sesenta minutos, un legado de Babilonia. Y no veremos una sexta república en Francia aboliendo el calendario gregoriano (la primera no fue a ninguna parte con su calendario republicano).

El historiador Charles Seignobos escribió que una civilización es una red de «carreteras, puertos y embarcaderos». También es la manera en que se divide el tiempo y se delimita el espacio; un plato principal, un color favorito, un tocado para la cabeza. Kemal prohibió el chador y el velo, pero mientras que el fez desapareció, el hiyab resurgió. La marca de una civilización es un ingrediente culinario que ningún acto de voluntad, bueno o malo, puede evitar que surja hasta la superficie de la salsa. Las fotos en color de Stalin no se presentaban como iconos, ni las estatuas de Mao como una nueva versión de ancestrales adoraciones, ni tampoco se presentaba a nuestras Mariannes como a vírgenes María carentes de su halo. Revelar su fuente mataría el efecto, pero sin el «paleo» no hay ningún «neo». Una futurología sin genealogía no es más que una onda en una piscina para niños.

Si nuestras alianzas y afinidades estuvieran determinadas por un puro cálculo de interés, sería lógico, utilizando un ejemplo contemporáneo, que la Federación Rusa –rechazada por Europa y rodeada por la OTAN– hiciera causa común con China; pero, incluso como reconocen algunos rusos, puede imaginarse un matrimonio de conveniencia si bien hay poca química, «no pertenecemos a la misma familia». En cuanto a aquellos que han fabricado una Europa unida sobre el papel, rosa o azul, ignorando la línea divisoria que va desde Riga a Split, una fractura heredada de la disputa sobre la cláusula *Filioque*, que ha separado a Oriente de Occidente desde el siglo VIII, no han alcanzado y no alcanzarán nada por sus pesares. Ninguna conferencia de paz disipará la subyacente falta de confianza y la animosidad entre árabes y palestinos, hindúes y musulmanes, incluso entre luteranos y papistas, por no mencionar a las Américas del Norte y del Sur. Dado que cada nueva religión es una versión herética de alguna anterior –el budismo del hinduismo, el cristianismo del judaísmo, el protestantismo del catolicismo etcétera– no hay ninguna civilización que haya planteado sus afirmaciones en algún lugar de Babel sin oponerse a alguna otra; el muerto pesa sobre el cuello del amnésico. Este *affectio societatis* no ofrece ningún alivio para brillantes ideas sobre la mejora del mundo, la gobernanza global o cualquiera

de los otros United Colours of Benetton; o por lo mismo, tampoco lo hace la conversación sobre seguridad colectiva o las homilias cosmopolitas. Cualquier cosa que nos une también nos divide y es tan probable que nazca una civilización humana –en cualquier otro sitio que las tribunas de la ONU o la UNESCO– como que un extraterrestre con dos cabezas y cuatro piernas se digne a aterrizar en nuestro planeta. Mañana no es ese domingo. Hanna Arendt mantenía que la pluralidad es la ley de la Tierra. Estupendo. Haríamos bien en recordar sus promesas cuando tantas puertas se cierran como ventanas se abren, cuando tantas navajas se sacan como manos se estrechan.

Influencias

En primer lugar distingamos entre cultura y civilización, estos «conjuntos de actitudes y conocimientos aprendidos por los hombres como miembros de la sociedad», como las definía Lévi-Strauss. A menudo se las confunde (Hegel tomaba la una por la otra). Con la Ilustración, Mirabeau y Voltaire inventaron «civilización» como un nombre propio, la salida de la barbarie. Alemania, poco después, opondría la *Kultur*, una viviente particularidad enraizada en un pueblo y un suelo, con la *Zivilization*, inerte y desarraigada, sus procedimientos aplicables en cualquier lugar. «Actualmente el deber del hombre es asegurar que la civilización no destruye a la cultura ni la tecnología al ser humano», advertía el historiador berlinés Theodor Mommsen. Los antropólogos anglosajones, que por buenas razones trasladaron la idea moral al hecho social, reservaron «cultura» para las sociedades primitivas y «civilización» para las modernas. De modo que hay una buena cantidad de interferencias en la línea y niebla sobre la carretera. Intentemos una clarificación.

¿Qué es lo que diferencia «la primera y más compleja de las formas permanentes de vida social» de otras que a primera vista parecen más fácilmente visibles, como la tribu, la nación o el Estado? En primer lugar, la espacialidad, el alcance de su difusión: el islam en minúsculas se extiende desde Dakar hasta Yakarta. Aquí los fundamentos son más importantes que las estructuras, que se construyen sobre ellos. En segundo lugar, la temporalidad, su longevidad: Roma duró mil años, China se está acercando a su tercer milenio. Sus raíces no se rompen fácilmente. China ha visto muchas dinastías, muchas masacres y muchos grandes timoneles, y puede que vea otros. Pero sus pagodas seguirán ahí. Las cigüeñas pasan, los campanarios permanecen.

Ninguna cultura sin agricultura, ninguna civilización sin una ciudad. La etimología distribuye sus vocaciones. Aquí, un *locus*, ahí un *topos*, en cada caso un molde capaz de acomodar, y de dar forma, a varias sustancias. Incluso si el cultivo más intensivo está debajo de las murallas de una ciudad, o cerca de una, siempre puede regresar a compost, es rural. Una civilización, por otra parte, está tallada en la piedra, es urbana. Necesita centros de acumulación y redistribución, y la urbanización no se puede producir en cualquier parte. Las costas del mar y las riberas de los grandes ríos, que permiten un transporte barato de bienes y mercancías, la atraen de manera natural. Las zonas montañosas de difícil acceso son más propicias para las culturas *strictu senso*. Las estepas, los macizos y las altas planicies alientan una resiliencia particularista. Para unas, la geografía es un puerto base, para otras un trampolín. Una cultura es célibe, mientras que una civilización tiene hijos. La primera es a la segunda lo que un reino a un imperio, o un atrincheramiento a una propagación. Existe, por ejemplo, una cultura vasca que reúne a siete provincias junto a los Pirineos. Pero se detiene al norte del Adour y al sur del Ebro, no busca invadir Gascuña o Aragón. Muchos vascos han emigrado y sus descendientes han poblado América Latina; Ignacio de Loyola y San Francisco Javier no eran gente sedentaria; pero el *pelotari*, la *chistera* y el *trinquete* (el jugador, el guante y el frontón de pelota), la *makila* (bastón de pastor), la *pastoral* (teatro de salmos), el contrabando, las boinas, la *piperrada* (plato hecho con pimiento verde) y, ante todo, el enigmático idioma vasco, el verdadero criterio de pertenencia, tienen un reino y solo uno: el País Vasco. La cultura vasca, como la yazidí, o más exactamente como la calibeña o la aimara no quiere que nadie se ponga sus zapatillas, pero igualmente no quiere ponerse las de nadie. El carácter vasco va unido a los vascos y a nadie más. No busca ninguna esfera de «coprosperidad».

Por otra parte, no hay necesidad de haber nacido en Italia o ser un partidario de la *Pax Romana* para hablar latín y pensar como un romano, como hicieron San Agustín, un bereber, o Tomás de Aquino. Tampoco hay necesidad de tener un pasaporte estadounidense o incluso de hablar un inglés fluido para adoptar las formas y costumbres de Estados Unidos. Como una lengua madre que se irradia en dialectos regionales, así la civilización descompartmentaliza la cultura de la que se origina; la esfera china de influencia incluye a China, Japón, Mongolia, Tíbet, Corea, Vietnam, Singapur. Una civilización se contrae cuando sus fuerzas empiezan a declinar. A este repliegue o contracción, que indica una retirada, se le llama cultura. La civilización helénica se extendió hasta

el Indo, la cristiana desde Patagonia por el oeste hasta Kerala por el este, la fe de Hiyaz se propagó por Bizancio y Persia hasta el norte de India. Buda, nacido en India, cruzó el Himalaya hasta China, pero el Mediterráneo le estaba prohibido, porque la Persia zoroástrica bloqueó el paso de sus misioneros hacia occidente. Una civilización no aparece por generación espontánea. Una cultura construye lugares; una civilización levanta carreteras. Presupone y requiere una política exterior. Una civilización actúa, es ofensiva, a diferencia de una cultura que es defensiva y reacciona. El término correcto realmente sería *civilización*.

Prestemos un poco de atención a este *-ión*, el sufijo de acción, la acción de la gran ciudad sobre las zonas que la rodean, de la *urbs* sobre la *ager*. No hay ninguna civilización que no esté arraigada en una cultura, pero no se convierte en una civilización a no ser que también tenga una flota y una ambición, un gran sueño y una fuerza móvil. En este sentido, Pericles representó en el mundo griego el momento de la cultura y Alejandro el momento de la civilización. Entre ellos era necesario un pequeño imperio, el de Filipo II de Macedonia, padre del gran Alejandro. El puritanismo inglés, una cultura local, plantó las semillas de la civilización al otro lado del Atlántico, y el neoprottestantismo estadounidense ha cruzado ahora el océano en dirección opuesta para propagar en África el modo de vida americano. Cuando una raíz adquiere alas puede crear instalaciones *extra muros*. Estas alas no crecen totalmente por sí mismas.

Imperio

Un lenguaje o una religión, o todavía mejor, una mezcla de los dos, pueden crear un duradero acantonamiento: el hebreo y el judaísmo son un buen ejemplo. Una civilización exige algo más: un imperio (abasí, carolingio, español, británico, estadounidense...). Y quien dice imperio también dice fuerzas armadas igual que el que dice ejército dice guerra y conquista. Las culturas locales también tienen algunas veces que levantarse en armas para sobrevivir o renacer, pero estas son guerras de necesidad, defensa o liberación. Una civilización practica la guerra por elección. Guerras de invasión o colonización. No hay helenismo sin hoplitas ni islam sin caballería. No hay cristiandad sin templarios ni otomanismo sin jenízaros. Aquí hay una divertida paradoja: el antónimo de «barbarie» siempre tiene piscinas de sangre en sus fuentes bautismales, días de San Bartolomé sin los cuales la civilización no sería lo que es. Como todas las demás, la cristiandad tiene sus vergüenzas en

cuestión de etnocidios: desde las masacres de los habitantes de Jerusalén (1099) o de los albigenses (1209) durante las Cruzadas, a la aniquilación de precolombinos a mediados del siglo XVI y a la exterminación de los amerindios tres siglos después. No existen portadores de la civilización con blancas manos limpias, todos tienen un libro negro en su armario. Un dialecto regional podría, al final de la era feudal, alcanzar el estatus de lengua nacional equipándose a sí mismo con cañones y una monarquía centralizada (como con Francisco I en Francia). Pero los inventores de la cartografía (una marca de la civilización) más pronto o más tarde necesitarían trirremes, cañoneras o aeroplanos, no para llegar a otras playas sino para acampar en ellas y eso cuesta dinero. Hay que recaudar impuestos, abrir puertos, plantar bosques, reclutar ingenieros, junto a herreros para la caballería.

«Civilizaciones imperiales» es un pleonismo. Igual que un imperio es multiétnico, una civilización en el apogeo de su vida necesita todo el talento disponible y fabricará satélites a partir de cierto número de culturas, ya sean enclaves, puestos avanzados o postas: Nepal e Indonesia no son India, igual que Vietnam o Mongolia no son China, o la Italia actual, Francia o México no son Estados Unidos. Un *spaghetti western* es un *western* ligeramente intensificado, las primarias en Francia cuestan menos que en Estados Unidos, nuestra «financiación participativa» (cenas a solo 7.500 euros por cabeza) es una modesta recogida de fondos. El modulador puede ser modulado, a cada socio su unidad de medida. Una nebulosa necesita más de una estrella.

En este aspecto el modelo estadounidense es un paradigma por su capacidad para proyectar en el exterior tanto fuerzas como formas. Más allá del primer círculo de la familia (Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos, los países absolutamente fiables que comparten un único sistema de inteligencia, los Five Eyes), su centro de difusión se expande en todas direcciones, con cabezas de puente en cinco continentes y un rosario de horizontes, megalópolis nuevas o renovadas que funcionan como antenas; o tantas «zonas libres», comunidades cerradas en la aldea global. Tokio, Singapur, Dubái, Tel Aviv, Lagos, Lima... Además de estos litorales «civilizados», algunas por encima de ellos, otras por debajo, están las ciudades que subsisten de la cultura, desde Kioto a Kuala Lumpur, La Meca, Jerusalén y Cuzco, porque todo lo que queda globalizado requiere su color local. Si una civilización tiene sus múltiples no se trata ni de clones ni de simples réplicas. Cuando una

civilización está a pleno rendimiento actúa como un lenguaje flexivo donde cada extranjero puede crear sus propios guiones y finalizaciones (italo-estadounidense, chino-estadounidense) sin tener si quiera que deshacer sus maletas. De la actual fórmula que globaliza un determinado perfil local, tenemos una versión árabe, abstemia y de lujo (Abu Dabi); una versión israelí, tecnológica y muscular (Tel-Aviv); una versión chino-asiática, congestionada pero ordenada (Shanghái); una versión latina, fronteriza y desordenada (Panamá), y una loca y congestionada versión africana (Johannesburgo). Este archipiélago está unido por las empresas y el comercio, pero ya que una economía por sí misma nunca ha formado una civilización, debe satisfacer un determinado número de otros requisitos: un festival de cine, un museo de arte contemporáneo, una feria de arte anual, un foro económico, hitos arquitectónicos (la torre más alta, el puente más largo), centros comerciales y hoteles de seis estrellas. Los Emiratos Árabes Unidos, en solo treinta años, han cumplido todas sus obligaciones menos una: no tienen un Love Parade.

Regresando por un momento al núcleo duro de la civilización, la fuerza militar –una condición necesaria pero no suficiente– siempre necesita el refuerzo de un imaginario para inflamar los corazones, almacenes para llenar los estómagos y un magisterio para ocupar las mentes. La imposición por la fuerza –militar, financiera o ambas– no es efectiva sin la luminosidad de un código simbólico que por sí solo tiene el poder de hacer que piezas dispersas formen un todo. La ecuación que representa a «imperio» es Aristóteles más Alejandro, Tomás de Aquino más Luis IX, Descartes más Luis XIV, Adam Smith más el almirante Nelson, Kissinger más el general Westmoreland. Una forma de pensamiento, más una *forcé de frappe* [fuerza de choque]. Si Atila hubiera traído un filósofo en su bagaje, la hierba sí hubiera crecido a su paso. ¿Por qué las fulgurantes cargas de la caballería no dejaron huella? Porque a los hunos, los mongoles y los tártaros se les daba mejor dominar el espacio que atravesar el tiempo, que necesita un laúd además de una lanza y un caballo. El artista o el arquitecto, el escritor o el músico o el jardinero pueden ser necesarios.

El Ejército Rojo ganó la Segunda Guerra mundial contra el nazismo: Estados Unidos ganó la paz que vino a continuación. A partir de 1945 la Unión Soviética tenía una constelación de fuertes y misiles por toda Europa del Este y Asia Central, pero de ella no surgió ninguna civilización comunista capaz de trascender y federar a unas desapegadas

poblaciones locales. Moscú carecía de nylon, de chicle y perritos calientes, por no hablar de Grace Kelly y Jackson Pollock. Estados Unidos no perdió tiempo para superar a la URSS en cuestión de arsenales, pero si a sus 2.000 instalaciones militares que se extendían por cinco continentes no se hubieran añadido 35.000 McDonald's en ciento diecinueve países (incluyendo mil quinientos en Francia), un lenguaje ideal para la traducción automática, la maquinilla Gillette, los discos de vinilo del saxofonista Lester Young, el «Prez» [el Presidente], el escote de Marilyn, actualmente no habría ninguna civilización estadounidense. La panoplia de armas solamente representa la mitad del programa: uno no se puede sentar sobre los misiles ni sobre las bayonetas. Un modo de vida deseable no debe reprimir, sino imprimir e inventar. Stajánov no era Bill Gates. Capaz de hacer el mal pero primero hacer el bien. En resumen, una supremacía se establece cuando la huella sobrevive a la influencia y la influencia al imperio.

Medir la vitalidad de una civilización en función del baremo de su industria o de su moneda indica la miopía del economista. Estados Unidos se desindustrializa, su déficit comercial crece, sus desigualdades sociales aumentan, pero su capacidad de dejar huella no se ve afectada más que su capacidad militar y podemos esperar que el siglo XX no será el último que vaya asociado al nombre de una nación. Sus medios físicos y psicológicos de extroversión, su fuerza militar y su fe patriótica no han desaparecido de ninguna manera; siguen siendo fuertes, incluso están resurgiendo. La riqueza no produce dominio de forma mecánica: en 1945, Estados Unidos representaba dos quintas partes del PIB global, pero su civilización no había remodelado las culturas del mundo como lo ha hecho actualmente. El siglo XX fue americano; pero después de la edad del oro llega la edad de la plata.

También debemos considerar el papel de las religiones en estas dinámicas de expansión exterior. El imperio francés del pasado llevó adelante sus proyectos coloniales con misioneros católicos, como lo hizo el imperio español en las Américas. Los ingleses tenían el anglicanismo; la Rusia zarista, la iglesia ortodoxa. El imperio americano tiene una plétora de sectas neoprotestantes en las que apoyarse: mormones, adventistas, Testigos de Jehová, que recorren los mundos de África y Asia. Las religiones institucionales son estratégicas, interpretando simultáneamente la defensa y la ofensa, actuando bien como guardas fronterizos (Polonia, Grecia, Armenia), bien como partidas de avanzadilla (Liberia, Senegal,

puestos avanzados en India). Permiten una adhesión ritual sin exigir una lealtad formal. La iglesia pentecostal en Nigeria, como en Aubervilliers, no hace ningún juramento a las barras y estrellas, pero involuntariamente adopta un modo de vida y de pensamiento nacido en California en 1906, un modelo que descende del linaje metodista inglés del siglo XVIII. Estos cultos monoteístas son tigres en el tanque construido para exportar, ya que predicar y convertir son consustanciales para ellos. Uno no se vuelve hindú, se nace o no se es. El chamanismo no se extiende, permanece en Siberia o en las reservas sioux. Pero cualquiera, en cualquier parte, puede volverse cristiano o musulmán. El judaísmo se cayó de la competición después de unos cuantos siglos de proselitismo entre los jázaros y etíopes. Sus dos descendientes, con todas sus variantes, pudieron sustituir la humillada lealtad por la exaltada participación. Las religiones universales son útiles tanto para la irrendentista defensa como para el avance mesiánico, para la supervivencia de una cultura como para la destrucción de otras.

Y una civilización ha ganado cuando el imperio que levantó ya no necesita medidas imperialistas para dejar huella. Cuando ya no necesita helicópteros de combate para controlar lo que sucede abajo. Tampoco un puñetazo en la mesa para atraer la atención universal. La victoria puede declararse cuando, en vez de *una*, solo hay *la* civilización, cuando su lenguaje es una *lingua franca* y su moneda es una medida común. Cuando puede retirarse a su tierra natal y seguir siendo un faro. Cuando las tribus alógenas adoptan sus tics, sus hábitos y sus normas, incluso sin ser conscientes de que lo están haciendo. Cuando el jefe ya no necesita ordenar. Una civilización triunfa cuando todas las cosas a las que da forma se han vuelto naturales y resulta impropio tratar de reconstruir las acciones que permitieron que semejante civilidad se impusiera, o preguntar qué sistema de fuerzas se encuentra detrás de las normas establecidas. Cuando lo particular se convierte en universal, diría el filósofo. Cuando el dominio se convierte en hegemonía, diría el sociólogo. Dicho simplemente, cuando ya no hay nada que discutir y un ensayo como este empieza a parecer un poco sospechoso